

Estado en que los partidos desafían al Poder con el mayor cinismo y amenazan destruir la sociedad. Rechazando el dictamen, se presta ayuda a los bandoleros, autores de los crímenes de La Cima, Ticumán y la Cascada.

Calero, Gutiérrez Zamora y Padilla en contra

Hablaron en seguida los senadores Padilla, Gutiérrez Zamora y Calero en contra del dictamen; lamentóse éste de que hiciera falta una ley reglamentaria y dijo, entre otras cosas, que si el Ejecutivo, en hora de suprema necesidad, viola la Constitución, en buena hora; pero que el Senado no sancione ese acto.

Terminó el señor Calero su discurso de esta manera: "Yo, como Presidente de la República, diría lo que Abraham Lincoln: "Nosotros estamos para guardar la Constitución, pero si para guardarla es necesario violarla, violémosla."

A moción del senador Víctor Manuel Castillo, se suspendió la discusión hasta que la Comisión Dictaminadora pidiera nuevos informes sobre lo de Morelos al juez de distrito y a las autoridades que pudieran proporcionárselos.

*
**

El epílogo oficial del asunto de Morelos, fué que el Senado ratificara el nombramiento de gobernador, hecho por el general Huerta en favor del general Juvencio Robles.



COMO FUE EL ASESINATO DEL DIPUTADO D. SERAPIO RENDON

Completamos esta información con los fragmentos interesantes del relato hecho por un testigo presencial del suceso, al periódico "El Sol."

El testigo y el diputado Rendón estaban condenados a morir la misma noche del 22 de agosto de 1913, y sólo por una verdadera causalidad pudo el primero de los citados, escapar a la terrible sentencia.

El mérito histórico de estas declaraciones es indiscutible.

Una carta de su hermano Víctor

S. C., Progreso, agosto 22 de 1914.

Señor don Carlos R. Menéndez, director de *La Revista de Yucatán*.
—Mérida.

Estimado y buen amigo:

Hace poco tuve el gusto de anunciarle que muy pronto pediría a usted que me dispensara el honor de la hospitalidad en las columnas de su ilustrada publicación, para dar a conocer algunos detalles perfectamente averiguados, del vil asesinato de mi hermano el licenciado don Serapio Rendón, y hoy me parece oportuno dar a luz esos detalles, por ser el aniversario del infame crimen.

La mano de hierro

Al subir al poder el general Huerta por los medios violentos que todo el mundo conoce, se propuso este señor convertir el país en un inmenso cuartel en el que él reinara supremo, sin encontrar contradicción ni en pensamiento, y se empeñó en la ingrata tarea de vencer las resistencias que se oponían a su plan, usando pródigamente los dineros del pueblo para comprar conciencias, medio muy usado entre nosotros desde hace muchísimos años y empleando sin piedad ni medida lo que se ha dado en llamar mano de hierro que causa admiración y entusiasmo a buena parte de los mexicanos de todas las clases y condiciones sociales.

Intentos de soborno

Uno de los primeros a quienes Huerta quiso atraer a sus miras, fué a mi hermano, quien gozaba de robusta influencia entre el grupo parlamentario conocido con el nombre de renovador. Tres veces le envió recado para que fuera a verlo y las tres veces mi hermano concurrió a la cita, y en cada una de esas entrevistas, Huerta trató de sobornar al diputado renovador con deslumbradoras promesas para que en unión de sus amigos políticos y si esto no era posible, aisladamente, secundara sus planes, pero en cada conferencia la respuesta fué la misma: "Que no podía de ninguna manera traicionar a sus compañeros ni abdicar los principios que había profesado toda su vida."

Al final de la tercera entrevista, en la que no se había avanzado nada, el general traidor juzgó, sin duda, que demasiado había hecho para doblegar el carácter honrado y los principios firmes de un adversario franco y leal y entonces decidió emplear su segundo medio. Cuando mi hermano Serapio trasponía los umbrales de la casa del general Huerta, en donde se verificó la conferencia, el crimen estaba resuelto en la mente de ese criminal nato.

"Es usted un gallina....."

Una noche, el doctor Urrutia, entonces Ministro de Gobernación, llamó a su presencia a Joaquín Pita, inspector general de policía, y le dijo: es preciso suprimir al licenciado Rendón, conviene así a los grandes intereses del país. Pita, sea por amistad o sea por propia seguridad, o por cualquiera otra causa, se negó a consumir acto ninguno sin la debida orden escrita, e indignado Urrutia le apostrofó con estas palabras: "Es usted un gallina, puede usted retirarse; yo me encargaré del asunto."

Volvió sus miradas entonces a otro criminal a quien nada arredraba, a Blanquet, ministro de la Guerra, y éste puso a su disposición a su *alter ego* el licenciado Vidaurrázaga, su secretario particular, quien a su vez se entendió con Francisco Chávez, verdugo oficial con el nombre de inspector de las *Comisiones de Seguridad* y con el vil y cobarde asesino Fortuño Miramón, teniente coronel de un cuerpo irregular de guarnición en Tlalnepantla y nieto del fusilado en el cerro de las Campanas.

Un artículo interesante

Los sucesos del último día los he narrado en mi carta anterior y para mayor amplitud le acompaño un número de *La Linterna*, en donde el licenciado José R. Castillo, uno de los primeros que oyó los rumores del crimen y uno de los últimos que acompañó a mi hermano,

publica un bien escrito artículo acerca de este negro crimen y que dice lo siguiente:

"En torno de la desaparición del señor licenciado don Serapio Rendón, y de su cobarde e inicuo asesinato perpetrado por orden de Huerta y Blanquet, con la aquiescencia del "juan diente" Urrutia y por los sicarios de Gabriel Huerta; en derredor de ese crimen se ha formado tal serie de leyendas fantásticas y embusteras, que ahora que se puede comenzar a decir la verdad, forzoso es decirla en toda su amplitud, para que la justicia tome nota y la opinión pública se dé cuenta de la amoralidad repugnante de los hombres perversos que se agruparon en torno del "asesino."

Quién era Serapio Rendón

Yo conocí a Serapio Rendón en la casa de la distinguida señora doña Clara Scherer, viuda de Scherer, y al poco tiempo de tratarnos nos ligamos con una franca y leal amistad. Rendón era un hombre de sinceras convicciones radicales; odiaba con todas sus energías la mentira, la patraña y las intrigas; era partidario sincero y decidido de la democracia, y más de una vez, en animada conversación, mientras otras personas hacían música o jugaban "bridge," estudiábamos los hondos problemas agrarios que se debaten, principalmente, analizando todas las infamias y atropellos de que han sido víctimas los jornaleros del arruinado Estado de Morelos, víctimas de los odiosos encomenderos que allí han acaparado la propiedad y que se consideran señores feudales, ya que todas las tiranías que han pasado, les han dejado hacer lo que han querido. Y conste que nos referimos a los Ignacio de la Torre y Mier, Pablo Escandón, llamado general, la sucesión de Vicente Alonso, García Pimentel y otros potentados.

Esta franca amistad me llevó a tomar verdadero interés por todo lo que se refería a Rendón.

Una conversación callejera

El mismo día en que tomé conocimiento, de un modo enteramente casual, de que algo terrible e infame se tramaba contra mi buen amigo, Serapio Rendón desapareció, y supe por una plática callejera, que dice que en la secretaría particular del general Blanquet, el licenciado Manuel Vidaurrázaga había dicho respecto a Rendón: "hay que darle su pasaporte." Esto lo decía a un alto jefe de la policía. ¿Quién era? ¿Francisco Chávez? ¿Gabriel Huerta? Lo ignoro. Ya la justicia se encargará de averiguar todo esto.

Sus amigos se alarman

Impresionado por tales hechos, me reuní con el señor don José María Tornel, amigo íntimo de Serapio Rendón, y le comuniqué mis noticias. Los dos resolvimos hablar de esto inmediatamente con Rendón. Nos dirigíamos a la casa de la señora Scherer, cuando casualmente nos encontramos en la Calzada de la Reforma al señor licenciado Rafael Zubaran, quien nos dijo muy apenado:—"Estoy muy intranquilo, porque me he enterado que se está maquinando algo tremendo contra Serapio Rendón. *Quieren asesinarlo*. Ya se lo dije, pero desgraciadamente no me ha hecho caso."—Y dirigiéndose al señor Tornel, añadió: "Usted, Pepe, que tiene tanta influencia con Rendón, convéncalo de que debe irse de México." Nosotros, a nuestra vez, le comunicamos a Zubaran lo que se tramaba contra Rendón en la secretaría particular de Blanquet, y los tres resolvimos hacer los mayores esfuerzos para decidir a nuestro buen amigo a que se salvara, ausentándose de la República. Llegamos Tornel y el suscrito a la casa de la señora Scherer, y esta distinguida dama, empezó a inquirir por medio del teléfono en qué parte se encontraba Rendón, para decidirlo a que se salvara. Pocos momentos nos bastaron. Rendón se encontraba en la Cámara de Diputados, en la sesión de la Comisión Permanente, y respondió a nuestro llamado, que le era imposible ir en seguida a la casa de la señora Scherer, pero que a las siete de la noche de ese mismo día nos reuniríamos en la dicha casa.

No se escondió Rendón

Y aquí debo hacer un paréntesis. Se ha dicho que Serapio Rendón, antes de que lo aprendieran estaba oculto en quien sabe qué parte. Esto es un embuste. Serapio Rendón no se escondió ni un solo momento, como no vaciló en ningún instante en el cumplimiento del deber, ni se apartó una sola línea del recto camino que se había trazado, defendiendo las ideas de su partido y siendo fiel y respetuoso a la memoria de Madero. Todos conocen su noble y franca actitud en la Cámara de Diputados, y el notorio valor civil que desplegó en todos sus actos.

En casa de la señora Scherer

Aquella noche nos reunimos en la aristocrática mansión del Paseo de la Reforma, galantemente invitados por la señora Scherer, el licenciado Jorge Vera Estañol, amigo íntimo de Rendón, muy empeñado en que éste se salvara; José María Tornel, el licenciado Fernando Baz, Se-

rapio Rendón y el suscrito; y después de la cena llamé aparte a Rendón y le hice ver todos nuestros temores y el peligro real que lo amenazaba; además, le comuniqué las súplicas de Zubaran. Rendón me escuchó con toda intrepidez y sin inmutarse me contestó: "¿Y usted, amigo Castillo, cree en todas esas pamplinas? Si usted supiera desde cuándo me están diciendo que me van a matar, se reiría como yo, de lo que me dicen. Van más de diez avisos que me dan. Esos son manejos de los huertistas, que quieren asustarme para que yo me escape como un cobarde, y no lo conseguirán." Insistí sobre los grandes peligros que lo rodeaban, me apoyé en las súplicas de Zubaran y al fin logré hacerlo vacilar. Pero inmediatamente me dijo:—"Pero si lo que se me pide es imposible. ¿Con qué dinero me voy? ¿Cómo dejo a mi familia sin recursos? Yo soy pobre, y bien pobre, créame usted. Yo no he hecho negocitos, ni "chanchullos," como tantos otros. Si me ausento de México, mi familia carecerá de todo."

Lo tranquilicé. No le faltarían recursos para el viaje, pues sus amigos allí reunidos estábamos resueltos a proporcionárselos.

"Me iré pasado mañana"

Rendón me dió calurosamente las gracias, y al fin me dijo:

—"Pues bien, decididamente rehusó. Yo estoy comprometido con mis amigos y no puedo dejarlos. Sería una villanía. Ellos han confiado en mí, y si me voy, causaría grandes perjuicios a mi partido."

Viendo que mis súplicas eran infructuosas, llamé al señor Tornel para ver si él convencía a Rendón. Pepe Tornel habló cariñosa y convincentemente a Rendón, le repitió las súplicas de Zubaran, y la misma señora Scherer, muy conmovida, le rogó a Serapio que se marchara, asegurándole que nada le faltaría para su viaje, que se arreglara rápidamente, que permaneciera aquella noche en su casa y que al día siguiente, en su automóvil, lo llevaríamos a la Villa de Guadalupe, para que se fuera para Veracruz, acompañándole hasta el puerto Tornel o yo, o los dos.

A tanta súplica, Rendón, por cortesía, pareció decidirse y nos dijo:

—"Pues bien, les ofrezco a ustedes que me iré pasado mañana. Mañana arreglaré mis cosas, pasaré el día con mi familia, y pasado mañana estaré a sus órdenes."

Hacia la muerte

Nos tranquilizamos con esta promesa, y ya no insistimos más.

En ese instante dió el cuarto para las once de la noche, y Rendón dijo:

—“Debo retirarme, ya es muy tarde,
Todos le suplicamos que no se marchara solo, sino que *todos* deberíamos de acompañarlo hasta su casa.

Vera Estañol añadió: “lo llevaré a usted en mi auto, Serapio.”

Rendón rehusó y se despidió.

¡No debíamos volverle a ver!

Pepe Tornel lo acompañó hasta la reja de aquella casa, y todavía le dijo:—“Lo voy a acompañar a usted.”—“De ninguna manera, contestó Rendón, vivo aquí muy cerca.”

Rendón se alejó. La noche era soberbia; la luna plateaba con luz esplendente el ancho paseo, a la vez que proyectaba insondables sombras. Rendón atravesó la rotonda de Colón, bajo el resplandor de la luz eléctrica de los enormes candeleros que rodean el monumento.

Pepe Tornel lo vió todavía cruzar esa brillante claridad, y perderse al fin entre las sombras que proyecta el “Hotel de la Reforma.”

Todos nos habíamos conformado con su promesa de que partiría dos días después. ¡Qué ajenos estábamos de que el querido y pobre Serapio, al despedirse de nosotros, iba camino de la muerte!

“A mi padre ya lo asesinaron”

Al día siguiente, a las siete de la mañana, la señora doña Clara Scherer, viuda de Scherer, me habló por teléfono y me dijo muy inquieta:

—“Temo que a nuestro amigo le haya sucedido lo que temíamos.”

—¿Por qué?—le pregunté.

—“Porque no fué anoche a su casa, y su hijo Víctor lo ha venido a buscar.”

—“Dígale usted que vaya a casa de Tornel; allá voy a encontrarlo,”—le contesté.

Y en la casa de Pepe Tornel me encontré al interesante y simpático hijo mayor de Serapio Rendón. Nos comunicamos nuestras mutuas impresiones, y aquel valiente joven nos dijo:

—“A mi padre ya lo asesinaron.”

Y fué inútil cuantas pesquisas hicimos para saber el paradero de Rendón.

Yo, todavía, me esperaba en que Serapio no hubiera sido asesinado, sino que estuviera detenido en algún cuartel o comisaría.

Las primeras indagaciones

Es preciso indagar, nos dijo la señora Scherer. Y entonces esta noble dama, que ha sido tan cariñosa amiga de todos los simpatizadores de la revolución, puso en movimiento a todos sus amigos. Consiguió,

en poco tiempo, que el Encargado de Negocios de la Embajada Americana, Mr. O'Shaughnessy, y Mr. Hale, doctor y secretario particular de Mr. Lind, se dirigieran a la Secretaría de Relaciones Exteriores, a informarse del paradero de Rendón.

Lo que dijo Urrutia

Nosotros no quisimos, en manera alguna, mezclarnos en estas gestiones de los diplomáticos yanquis. Pero en la tarde supimos que se habían acercado al ministro licenciado Garza Aldape y que éste les indicó que deberían ver al doctor Urrutia, que, para maleficio de este país, fué ministro de Gobernación y el “juan diente” de Victoriano Huerta.

¿Qué pasó en aquella entrevista? Los detalles los desconozco, pero supe esa misma noche, que en un arranque de franqueza, Urrutia dijo a tales señores: “Lo siento mucho, yo no he tenido intervención en ese asunto. *pero la cosa ya no tiene remedio!*”

¡Así se confesaba, por el mismo ministro de Gobernación de Huerta, que Serapio Rendón había sido asesinado!

Fué aquello un golpe tremendo para todos. La dignísima y santa esposa de Serapio estuvo a punto de morir cuando conoció la verdad.

Su hijo Víctor, ese valiente muchacho rubio, presa de santa indignación, nos dijo:

—¡Mi padre ha sido asesinado por defender la justicia y las libertades! ¡Bendito sea! ¡Dios lo acogerá en su seno!

Y todos sentimos correr nuestras lágrimas, jurando yo hacer, lo que ahora cumplo, que algún día había de señalar a los asesinos!

J. R. DEL CASTILLO.

.

Continúa don Víctor Rendón:

Mis noticias no han podido llegar hasta la manera de cómo fué aprehendida la víctima en el trayecto de la plaza Cuauhtemoc(*) a su casa; allí lo pierdo de vista, pero lo vuelvo a encontrar al llegar al cuartel de Tlalnepantla, en un automóvil de color claro y rodeado de hombres. Lllaman al cuartel, un oficial sale y enciende una cerilla que pasea por los rostros de los ocupantes, sin duda para reconocerlos, y una mano de los examinados apaga la cerilla con un sacudimiento sordo; se dice que fué Serapio, mas no se podría precisar.

(*) Quizá el autor se refiera a la Plaza o Glorieta de Colón.

El crimen

Bajan los hombres y entran al cuartel, que cierra sus puertas inmediatamente, y el oficial, encarándose con su víctima, le dice: "Tengo orden de fusilarlo a usted, y lo voy a hacer en seguida." La víctima protestó contra el abuso de la fuerza, y el oficial le replica: "Es inútil cuanto usted diga, va usted a morir al instante. ¿Qué necesita usted? —Papel para escribir mi despedida a mi mujer y a mis hijos, contestó resignadamente mi hermano.

Fortuño Miramón pidió el papel y condujo a su víctima a un cuarto en el fondo del cuartel; allí había mesa y una silla y le entregó el papel, un lápiz y una vela, y mi hermano se sentó a escribir; de una ventana que quedaba a sus espaldas, resonó un tiro y la bala le rompió el cráneo, y allí fué rematado con una descarga que le disparó un pelotón que entró por la puerta.

Esta narración la tengo por un soldado del cuerpo, que presencié el asesinato.

El reloj, paraguas y mancuernas se las cogió el asesino; las ropas útiles las distribuyó entre los ejecutantes.

El cadáver fué sacado del cuartel para arrojarlo a una fosa sin nombre.

Este es, señor director, el horrible crimen que está esperando su castigo, y esperamos que un día u otro, la justicia humana llevará al banquillo de los acusados a los autores y actores de este negro drama.

Lo saluda su afectísimo,

V. A. RENDÓN,

(De la *Revista de Yucatán*.)

En camino hacia la verdad

Reproducimos a continuación los puntos principales de lo publicado en el diario *El Sol*, de la ciudad de México, con motivo de las aclaraciones que le hizo un testigo presencial:

"Cuando supimos que existía un hombre que había presenciado la trágica muerte del diputado Rendón, a él fuimos y lo interrogamos terminantemente. El hombre nos dijo: "Es cierto, yo fuí testigo de aquel crimen!" Y sin vacilar, como quien sabe que es deber sagrado ayudar al esclarecimiento de un delito, tal como nuestras leyes previenen, nos llevó paso a paso por el laberinto de la cruenta historia, fijando sus recuerdos en los sitios inolvidables por donde pasó al lado de la víctima.

¿Ha dicho la verdad este hombre? No queremos pensar contraria-

mente. ¿Quién se atreve a mentir, por el solo interés del engaño, cuando sus palabras tendrán la trascendencia de una acusación terrible?....

Pero digámoslo para definir nuestras responsabilidades: nosotros sólo hemos de escuchar, como haría un funcionario, al testigo e inquirir cuidadosamente en los lugares en que se nos dijo que la tragedia se había desarrollado. La verdad vendrá a su hora y, en busca de ella, procuraremos seguir el más recto camino."

Datos retrospectivos

"El abogado yucateco don Serapio Rendón fué, como no se habrá olvidado, uno de los hombres más adictos al régimen maderista, que cayó con el levantamiento de la Ciudadela.

Sus ideas y sus antecedentes políticos lo llevaron, al triunfo de la revolución de 1910, al seno de la Representación Nacional, en donde se distinguió por sus campañas parlamentarias.

Cuando los inolvidables acontecimientos que se conocen con el nombre de la "Decena Trágica," el diputado Rendón, como otros muchos políticos del régimen caído, temiendo ser víctimas de persecuciones de parte de los hombres que habían triunfado gracias al *simulacro* sangriento de la Ciudadela, huyó de la capital dirigiéndose a la Habana, donde vivió por algún tiempo.

Las pasiones políticas, aparentemente sosegadas con la literatura sedativa que encerraba aquel ilusorio lema de *Paz y Justicia*, auguraron la proximidad de días menos tormentosos y, entonces, algunos de los ausentes volvieron del exilio, contando con el amparo de las leyes.

Don Serapio Rendón vino de la Habana y se radicó en la capital. Aquel personaje, de quien un tiempo hablaron todos los periódicos y que llevó su popularidad hasta hacerse blanco de caricaturas y coplas de teatro, vivió una vida de retraimiento que dió por resultado que casi se le llegara a olvidar.

Pero esto no sucedió así: sus enemigos políticos lo espían y, una denuncia tal vez, una sospecha quizá, o una inquina y un rencor tenaces, desencadenaron nuevamente contra él todas las persecuciones.

Más tarde se supo, primero en centros y corrillos, y luego por algún periódico, que don Serapio Rendón había muerto. Unos decían que en un combate, otros, que al pretender huir después de que se le había descubierto tramando un complot contra el gobierno.... Nadie sabía la verdad. Es decir, la sabían muchos; pero la ocultaban, la escondían entre el horror de sus conciencias atormentadas; y algunos—¡oh, crueldad inaudita!—la contaban como charla macabra de sobremesa en